fianza, y de caudillo de la oposicion, y al dar esta noticia la acompañó con frases dichas à tiempo y propias para excitar las pasiones, pidiendo á Dios que salvase á la reina y al Estado; frase puntualmente copiada de otra dicha en Francia pocos años antes en ocasion parecida. Siguióse un mal reprimido alboroto, mostrando los mas entre los diputados y los asistentes á la sesion su vehemente descontento en sus iracundos rostros y violentos ademanes. Terminó en breve la escena, separándose por aquel dia el congreso. Al salir á la calle los ministros fueron blanco de enormes insultos de palabra, y aun de obra, asaltándolos algunos à pedradas. Pero este motin, no menos escandaloso que otros de su clase, tenia de singular no estar compuesto solo de la gente que dirige semejantes tumultos, ó en ellos se mezcla, pues, al contrario, entraban en él, ademas de algunos alborotadores de oficio ó por constante aficion, no pocas personas de diferente clase y aspecto, varias de ellas bien portadas y vestidas, y cuya vituperable accion desdecia de su trage y modos; siendo evidente que no pocos moderados seguian ahora el ejemplo dado en casos anteriores por sus adversarios de hollar las leyes quebrantando la paz pública, no sin olvido de sus doctrinas, ni sin mengua de su decoro. Esto mismo hacia aquel bullicio menos temible, así en el acto mismo en que ocurrió, como en sus inmediatas ó remotas consecuencias. La gente extremada en la capital no vió con gusto excesos que no eran obra suya. Aun varios que en ellos participaron, bien miradas la cosas, se arrepintieron de haber cedido à sus preocupaciones y hábitos, desahogando su furia contra ministros, sin reparar qué interés representaban los objetos de aquel insulto. Los amigos del regente en la tarde misma de aquel dia se rehicieron de la derrota padecida por la mañana. Las músicas de la milicia nacional fueron en la siguiente noche á tocar delante de las ventanas de los recien nombrados ministros; demostracion significativa, pues declaraba estar los dominadores de la fuerza prepotente en Madrid de parte de la autoridad contra los promovedores de inquietud y bullicios. Esta ocurrencia puso patente la desunion que reinaba en el partido que se daba el nombre de progresista. De un lado quedaron hombres apegados á doctrinas constitucionales mas ó menos puras, ó al gobierno popular llevado al extremo, ya con forma republina, ya conservando un trono sin fuerza ni lustre, juntándose con ellos algunos ambiciosos malcontentos, y del otro lado se pusieron los que veian en el duque de la Victoria el verdadero patrono y campeon de su interés contra el de no varios bandos contrarios, agregándoseles los que, habiendo medrado en las pasadas revueltas, y hallándose en el pleno goce de las ventajas adquiridas, sentian natural repugnancia à mudanzas de donde podria resultarles daño, y no de modo alguno provecho. De estos últimos habria sido la victoria, si en todas partes como en la capital hubiesen contado con la gente ignorante y resuelta, cuya idea de gobierno es seguir voceando libertad y calificando de tal los preceptos disfrazados de consejos de quienes los guian; hombres déspotas y tiranos con los enemigos é indiferentes, pero diestros, con apariencias de sumisos con sus parciales. Mas como en algunas poblaciones grandes los caudillos ordinarios de las se-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación